

# "Buenas noches, compañeros". Historias de vida en Alcohólicos Anónimos

## "Buenas noches, compañeros". Life histories of Alcoholics Anonymous

**Stanley Brandes**

Universidad de California, Berkeley  
Brandes@uclink.berkeley.edu

### **Resumen**

Este artículo trata del llamado historial -es decir, la historia personal- en un grupo mexicano de Alcohólicos Anónimos. El historial es una especie de confesión en público, una narrativa oral que se considera la base del programa terapéutico del movimiento A.A. El historial se estructura a través de declaraciones predecibles. Abarca distintos temas que los nuevos miembros (compañeros) aprenden a contar durante un proceso, lento e inconsciente, de socialización dentro del grupo. Entre estos temas se destaca el de las anormalidades en el comportamiento inducidas por el consumo abusivo de alcohol (e.g., la mugre, la violencia, problemas económicos, familiares y sexuales). Los historiales incorporan diversos mecanismos de nivelación y procuran establecer relaciones de igualdad entre compañeros. Apelaciones recurrentes a la igualdad fomentan identidades cohesionadas entre los miembros del grupo. La empatía y la identificación con las experiencias y los sufrimientos de los demás permiten a los compañeros superar los inevitables sentimientos de aislamiento que acompañan al problema de alcoholismo.

**Palabras:** Historias de vida, Méjico, auto-ayuda, alcoholismo

### **Abstract**

This article concerns the so-called historial -that is, personal history- in a Mexican Alcoholics Anonymous group. The historial is a type of public confession, an oral narrative, which is considered the therapeutic basis of the A.A. movement. The historial is structured according to predictable statements. It includes principally a range of distinctive topics, which new members learn to relate during a slow, unconscious process of socialization within the group. Among these themes, the most noteworthy is that of behavioral abnormalities induced by abusive alcohol consumption (e.g., filthiness, violence, and financial, family and sexual problems). Historiales incorporate various leveling mechanisms, which aim to establish egalitarian relations among group members. Recurrent references to equality promote cohesive identities. Empathy and the identification with the experiences and suffering of others permit the group members to rise above the inevitable feelings of isolation that accompany problems with alcohol.

**Key words:** Life histories, Méjico, self-help, alcoholism

**SUMARIO** 1.Historias de vida en Alcohólicos Anónimos. 2.Referencias bibliográficas.

### 1. Historias de vida en Alcohólicos Anónimos

Está ya comúnmente admitido, al menos desde la época de Sigmund Freud, que en las circunstancias adecuadas hablar de uno mismo puede servir como posible remedio a problemas emocionales. En todo el mundo occidental, incluso más allá de él se da por supuesto que esto resulta saludable para articular los miedos propios, las ansiedades, los odios, los amores y los sueños de futuro. Hablar de semejantes asuntos con un oyente cualificado y comprensivo es adaptarse a la realidad, experimentar cierto alivio, elevar la propia autoestima y empezar a pensar y a actuar de forma productiva y positiva. Hasta cierto punto, la confesión católica romana ha cumplido idéntica función. Ha sido en parte gracias a los beneficios emocionales derivados de la confesión por lo que el catolicismo romano ha prosperado y se ha diseminado por el mundo. Sin embargo, la Iglesia no es una institución médica. En la medida en que se llega al reconocimiento y a la plena admisión del pecado, uno estaría tentado a pensar que la religión actualmente crea las mismas enfermedades psíquicas que trata de combatir. El psicoanálisis freudiano, en cambio, fue el primer movimiento médico importante en considerar la palabra como base de la terapia. Aún hoy en día continúa siendo la corriente más extendida e influyente en la que la palabra se considera capital para el proceso terapéutico.

Alcohólicos Anónimos (A.A., en adelante) es un grupo de autoayuda —el prototipo de programa seriado en veinte fases— que funciona en gran medida basado en la palabra y en la confesión pública. Sus orígenes pueden hallarse tanto en las intuiciones psicoanalíticas relativas a la capacidad terapéutica de la palabra, como en la ideología y en la práctica religiosa. Más concretamente, A.A. nació como derivación espiritual del *Oxford Movement*, una congregación evangélica cristiana que no contaba ni con lista de miembros ni con jerarquía estructurada. La idea de Alcohólicos Anónimos, si no la misma organización, data de 1934, cuando Bill W., un corredor de bolsa neoyorquino sumido por entonces en una grave crisis, fue hospitalizado a causa de un severo episodio alcohólico. Un antiguo compañero de bebida, que aunque muy aficionado a ella había logrado enmendarse, tendió una mano a Bill. Le recomendó visitar el *Oxford Group*, cuyos miembros habían encomendado su suerte a Dios, al que concebían como una especie de fuerza espiritual (Trice y Staudenmeier 1989:17). El *Oxford Group* trató de abrazar todas las confesiones religiosas. Abogaron por la restitución personal de los daños cometidos sobre el prójimo, auxiliándolo en la necesidad y absteniéndose de la prosecución de prestigio personal (*ibid.*). Todos estos principios llegarían a incorporarse con el paso del tiempo a Alcohólicos Anónimos.

La hospitalización de Bill W. culminó en lo que podría denominarse una conversión religiosa. Profundamente afectado por las experiencias de su antiguo camarada, y anhelando alcanzar la sobriedad, Bill W. padeció, según sus propias palabras, “una hondísima depresión, la más funesta” de las que él nunca hubiese conocido (W.W 1945:464). Clamó por auxilio divino en la oscuridad de su habitación en el hospital:

“De existir un Dios, ¿se manifestará?” (*ibid.*). “El resultado fue inmediato, electrificante, imposible de describir”, afirma en su autobiografía (W.W. 1949). “El lugar se iluminó de una albura enceguedora. Sólo podía experimentar el éxtasis... una fuerte brisa sopló, envolviéndome y penetrándome. Acompañado de un violento resplandor, llegó el sublime pensamiento: ‘Eres un hombre libre’” (*ibid.*). Afortunadamente para la autoestima de Bill W. su médico le tranquilizó asegurándole que no habían sido alucinaciones. De hecho, el doctor reforzó los aspectos positivos y las dimensiones espirituales de la experiencia sugiriendo a Bill que leyese *Varieties of Religious Experience*<sup>1</sup> de William James; apremió a Bill W. para que utilizase su encuentro con Dios como camino hacia la sobriedad; Bill W. había experimentado una conversión. Incluso un experto (Matthiasson 1987) ha interpretado la de Bill W. como una experiencia chamánica. Comoquiera que se interprete el suceso, Matthiasson (1987:19) probablemente ha acertado en su estimación de que “el restablecimiento de Bill no podría haber sido posible sin su propia experiencia religiosa”.

La historia sobre la fundación de Alcohólicos Anónimos la conocemos gracias principalmente a los escritos del propio Bill W. Iniciada en junio de 1935 a raíz de su primer encuentro con el Dr. Bob, un cirujano de Akron, Ohio, la organización medró rápidamente. Sus principios y su filosofía subyacente fueron codificados en un volumen, escrito en gran medida por el propio Bill W. y publicado en 1936, formalmente titulado *Alcoholics Anonymous* aunque coloquialmente conocido como *Big Book*. En 1936 las reuniones de A.A. tal y como las conocemos actualmente estaban ya enraizando en Akron (ciudad que, por haber albergado el primer encuentro de A.A., ha adquirido un especial significado espiritual entre sus acólitos). Poco después comenzaron las reuniones en Nueva York (Trice y Staundenmeier 1989:19). Como queda abocetado en el *Big Book*, el programa de Alcohólicos Anónimos creció alrededor de dos listas de principios conocidas como las Doce Fases y las Doce Tradiciones. Las Doce Fases, que han de ser serialmente observadas durante el proceso de recuperación del alcohólico, ofrecen la vía para el restablecimiento individual; las Doce Tradiciones representan el funcionamiento ideal de los grupos de A.A. y, en general, de toda la asociación en su conjunto. Significativamente, las Doce Fases se basan en las etapas postuladas por los *Oxford Groups* como medio hacia la conversión y el desarrollo espiritual (Matthiasson 1987:18).

Si los cimientos espirituales de Alcohólicos Anónimos se originan en el *Oxford Group*, su invocación terapéutica de la palabra catártica proviene del psicoanálisis. La actividad central de las reuniones de Alcohólicos Anónimos consiste principal-

---

<sup>1</sup> O'Reilly (1997:118) hace notar que, sea por casualidad o no, la obra clásica de James identifica la aparición de vívidos resplandores, a los que llama *photosms*, como el signo distintivo de una variedad particular de experiencia mística.

mente en hablar. Ningún sondeo de alcance mundial sobre A.A. podría revelar variaciones considerables con respecto a la selección de los hablantes, las reglas del discurso y los significados de las presentaciones orales entre el hablante y la audiencia. El formato de la reunión –la *autonomía*, como lo han llamado los hombres en el *Moral Support* [Apoyo Moral]– es lo que determina los procedimientos que prevalecen en cada grupo para realizar la alocución. Algunos grupos invitan a participantes, recuperados fuera de su área de influencia, para hablar *in extenso* sobre sus propias historias personales, seguidas de turnos de preguntas y respuestas. En otros grupos, como el *Moral Support*, los miembros ocupan alternativamente turnos predeterminados, sin que haya oportunidad para la discusión abierta.

Cada uno de los alcohólicos en proceso de recuperación prefiere un estilo de reunión u otro, y estas preferencias orquestan la decisión de unirse a un grupo particular. O'Reilly (1997:127) describe el margen de variación así: "Ciertos afiliados disfrutan hablando, para otros resulta penoso; hablar puede reportar revelaciones terapéuticas y gratificación personal para algunos; para otros, puede parecer tan sólo una obligación del programa, un deber que ha de ser cumplido sin mayores expectativas. Las trayectorias de los que hablan varían desde una o dos intervenciones hasta un lapso de años jalonado por cientos de comparecencias. No hay normas simples; sin embargo, existe, creo, una idea generalmente aceptada de que a nadie mínimamente sensato le bastaría con hablar de la sobriedad una sola vez". Las observaciones de O'Reilly provienen del nordeste de los Estados Unidos. No obstante, se describen fielmente grupos por todo el mundo, incluido México.

En los grupos mejicanos de A.A., a los cuales he dedicado especial atención, el principal acontecimiento discursivo se llama *historial* o historia personal. Puesto que el término *historial* deriva fundamentalmente de las historias de casos clínicos, su uso en A.A. realza el objetivo terapéutico de esta clase de discurso. Para los miembros del *Moral Support*, nombre con el que he designado a un grupo de A.A. compuesto enteramente por hombres de clase obrera, nada hay terapéuticamente más importante que presentar el propio *historial* y escuchar el de los demás. El *historial* se estructura a través de declaraciones predecibles (con carácter protocolario) y el acontecimiento en su conjunto está más o menos predeterminado. En primer lugar, el moderador invita a un miembro del grupo a "*subir a la tribuna*". El orador seleccionado se levanta de su silla, brinda al moderador un simple "*Gracias, Fulano*", y ocupa su lugar en la tribuna. Comienza declarando: "Buenas noches, compañeros. Mi nombre es Mengano y soy un enfermo alcohólico". De acuerdo con las directrices mundiales de A.A. y emulando a los fundadores del movimiento, Bill W. Y el Dr. Bob, los oradores sólo mencionan su nombre de pila; esta práctica responde al intento de preservar el anonimato de los participantes<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> En los Estados Unidos, cada vez más secretarías y otro personal de servicio presentan a los clientes sólo refiriendo su nombre de pila. Me pregunto hasta qué punto esta práctica se deriva de la influencia

A semejanza de la mayoría de las reuniones de A.A., los miembros de *Moral Support* no responden al orador diciendo "Hola, Mengano" después de que éste haya saludado; antes bien, se guarda un silencio expectante. El orador continúa su saludo expresando unas cuantas palabras relativas a la felicidad y al apoyo que le reporta la compañía de todos los presentes. Ellos le han ayudado a permanecer sobrio otras veinticuatro horas, afirma. Uno de los rasgos más característicos de la ideología de A.A., por encima de cualquier otra cosa, es la advertencia de encarar cada nuevo día como un desafío distinto y de apreciar el pequeño triunfo que supone haber permanecido sobrio una jornada más. Las metas a largo plazo se considera que son contraproducentes y que pueden inducir a la recaída. Al preámbulo protocolario le sigue la historia personal, durante quince minutos, historia que varía, dentro de ciertos márgenes, de un hablante a otro. Cuando suena la campana del reloj de la sala de reuniones, el orador concluye su relato. Sus palabras finales son: "Gracias, compañeros. Les agradezco su tolerancia" o "Gracias, compañeros, por su tolerancia". Por último, se desean "Muchas veinticuatro horas", que viene a significar el deseo protocolario de que "Tengan ustedes muchos días de sobriedad". Tras los aplausos, el orador desciende de la tribuna y regresa a su asiento.

En el *Moral Support*, el orador despliega su historial de actividades y pensamientos personales dentro del marco de las introducciones protocolarias y de los comentarios de clausura. Pensado como acontecimiento discursivo, el historial es en puridad una clase propia. No es una conferencia, pues carece de preparación formal previa y sólo de forma tangencial se propone instruir. Tampoco es una tertulia o una charla, ya que posee un grado mayor de formalidad y estructura que el que normalmente implican estos términos; ni ciertamente una conversación, puesto que no se dan réplicas inmediatas de los oyentes. No obstante, como veremos, la historia personal parece con frecuencia un episodio de una conversación en curso, dado que el orador a veces trata cuestiones, temas o detalles específicos introducidos por el moderador o presentes en las historias personales planteadas durante la misma sesión. Además, esta conversación puede dilatarse varias sesiones, incluso semanas, en la medida en que los oradores se refieran a las historias personales pronunciadas por otros *compañeros* en las reuniones previas.

Los análisis de las narrativas de A.A. en los Estados Unidos se han centrado casi exclusivamente en historias sobre el alcoholismo y su recuperación. Este énfasis temático es enteramente comprensible, dado el objetivo primordial de A.A. de ayudar a los alcohólicos a alcanzar y mantener su estado de sobriedad. Carole Cain interpreta las historias personales como mecanismos de adquisición de la identidad: "en tanto que el miembro de A.A. aprende el modelo de historia propio de A.A., y aprende a situar los acontecimientos y las experiencias de su propia vida dentro de

---

persistente de A.A. y su raigambre en los programas de doce fases.

ese modelo, está aprendiendo a decir y a comprender su vida como una vida propia de A.A., y a sí mismo como un alcohólico de A.A. La historia personal es un vehículo cultural de cara a la adquisición de identidad” (Cain 1991:215). De hecho, hay indicios de que la incapacidad que muestran ciertos miembros de A.A. para identificarse con otros alcohólicos en fase de recuperación, les impide comprometerse con su propia recuperación; un informante en los Estados Unidos afirma: “Me sentaría ahí y escucharía sus historias... sin que encajase del todo en sus modelos” (citado en Tuchfeld 1981:631). Cain demuestra que cuanto más tiempo haya permanecido una persona en A.A., más se acerca su historia a la narrativa predominante en A.A., con su definición particular de alcoholismo, su énfasis dramático en el hecho de *tocar fondo* y en espectaculares informes sobre la rehabilitación durante su afiliación a A.A.

En el *Moral Support*, la socialización mediada por la narración de historias llega a ser evidente a largo plazo. Por otro lado, parece que el paradigma narrativo de A.A. no es lo que prioritariamente aprenden los recién llegados; por ejemplo, sólo en una ocasión he escuchado a un miembro del grupo mencionar “tocar fondo”, un concepto clave –de hecho, el punto de inflexión– en las típicas historias personales [*personal stories*]. Una historia de vida [*life history*] coherente, vertebrada por un principio, un nudo y un desenlace, y construida en torno al abuso de alcohol y la subsecuente rehabilitación, es infrecuente en el *Moral Support*. Si las narraciones cronológicas de este tipo apenas emergen en las entrevistas sobre historias de vida, cuánto menos en las historias personales que uno puede escuchar en las reuniones.

Más bien, pequeños fragmentos de la historia de uno de los miembros, relatados a modo de miríada de episodios inconexos, emergen en el curso de numerosas historias personales. Aunque sea posible para el observador externo aquilatar afinidades en los hilos conductores de las historias personales de ciertos individuos, las relaciones cronológicas de las narraciones originales, en gran medida, han desaparecido. Cualquier reconstrucción implica necesariamente saltos imaginativos del lado del análisis. No sorprende, así, que las historias personales paradigmáticas del tipo de las que Cain observó en los Estados Unidos no suelen emerger en el contexto de las reuniones del *Moral Support*. Aún así, su tema general –que la identidad puede transformarse a través de las historias personales– está bien traído. En el *Moral Support*, los recién llegados (llamados “nuevos”) pronto interiorizan el formato de la reunión, incluidas las introducciones y clausuras protocolarias de las historias personales; aprenden a incorporar vocabulario clave en sus historias personales, como Poder Superior y “veinticuatro horas”. También reciben instrucción –verbalmente a la vez que con ejemplos– sobre los principios del protocolo de reunión, cuando los miembros veteranos usan historias personales para explicar el comportamiento oportuno encima y fuera del estrado.

Lo más notable de este proceso de socialización, no obstante, es la manera en que los iniciados aprenden el arte de hablar en público. Las historias personales en el

*Moral Support* pueden interpretarse como *performances*. Normalmente requieren a un orador que se exponga y hable durante un cuarto de hora, prácticamente sin interrupción, sobre delicados asuntos de profunda significación emocional. Los hombres del *Moral Support* no han tenido experiencias familiares, educativas o laborales previas que los preparasen para este tipo de cometido. De hecho, pese a que mi preparación puede considerarse privilegiada a este respecto, al principio también a mí me pareció difícil hablar de uno mismo durante un cuarto de hora ante un grupo de personas más o menos desconocidas. Solamente después de haber intimado un poco más con aquellos hombres, podría yo relajarme lo suficiente como para pronunciar una historia personal auténtica; también precisé tiempo para asimilar las reglas procedimentales y los temas narrativos que predominan en la mayoría de las historias personales. En repetidas ocasiones, he visto cómo los recién llegados subían a la tribuna, comenzaban a hablar y se volvían a sentar después de tan sólo cinco o seis minutos. Poco a poco, durante el lapso de unos meses, adquirían la competencia necesaria para elaborar sus historias y poder, finalmente, extenderse hasta agotar los quince minutos. Los oradores recurrían a una solución relativamente sencilla: la repetición. Tanto dentro de un único *historial* como en el curso de varios *historiales*, los oradores tienen la opción de repetirse a sí mismos casi *ad infinitum*. Pero esta estrategia, como cualquier otra, necesita ser aprendida. Los iniciados que permanecen en el grupo acaban aprendiendo principios de repetición, así como otras estrategias narrativas. Con el tiempo, sus historias personales acaban por parecer indistintas de las de sus *compañeros* más experimentados.

En el *Moral Support*, los "nuevos" invariablemente vacilan al comenzar sus historias personales. El titubeo es de hecho inevitable porque son llamados a la tribuna mucho antes de que hayan aprendido los principios de A.A. e interiorizado las reglas del público. En el nordeste de los Estados Unidos, donde O'Reilly (1997:127) realizó su investigación, "los oradores en A.A. se escogen de entre los afiliados que hayan permanecido sobrios al menos noventa días. A veces, se exige hasta más de un año de continua sobriedad para poder hablar; las costumbres varían según el lugar, e incluso de un grupo a otro en el mismo lugar, pero seis meses es aproximadamente el promedio. El padrino de un neófito puede sugerir –o insistir– en que hable el "pichón", o el propio neófito puede romper a hablar de forma autónoma". Por el contrario, en *Moral Support* pueden ser instados a hablar en sus primeras dos o tres semanas de reuniones. Yo mismo fui requerido para hablar a la cuarta reunión, en la cual, pese a mi larga experiencia en el aula, encontré no pocas dificultades. Los apocados alcohólicos mejicanos, que nunca antes habían acometido semejante empresa, sienten muchas veces vergüenza cuando de súbito son puestos en el candelerero. Algunos hombres, a la larga, acaban dominando el discurso de las historias personales, pero en otros muchos casos, para quienes ser el centro de atención no se diferencia mucho de la pura tortura, el papel es insoportable.

Mi impresión es que ciertos iniciados en el *Moral Support* abandonan el programa a las pocas reuniones por esta misma razón.

Los recién llegados a A.A. necesitan aprender no sólo la construcción de estrategias que sitúen aparte la historia personal como suceso comunicativo; también han de dominar la esencia narrativa de la historia personal. Como muestra Edmund O'Reilly (1997:103-126) en el caso de las narrativas de A.A. en el nordeste de los Estados Unidos, las historias personales poseen cualidades literarias que se manifiestan en una estructura narrativa inconfundible. Normalmente las historias se dividen en tres partes intercaladas entre una salutación y una coda protocolarias: (1) el estado en el que se encontraba el orador antes de su llegada a A.A., (2) cómo descubrió A.A., y (3) las drásticas transformaciones personales como resultado de su adhesión a A.A. Esta historia es paradigmática y está basada en la autobiografía publicada del fundador Bill W. Repetida hasta la saciedad en las reuniones de A.A., esta historia paradigmática, en todas sus infinitas variaciones, favorece una idea de la asociación como terapéuticamente eficaz y, en realidad, prácticamente indispensable. En palabras de Pollner y Stein (1996:211), "los 'dipsomonólogos' ['*drunkalogues*'] presentes en A.A. invariablemente cuentan una odisea personal más o menos ajustada al modelo ofrecido por el *Big Book* de 'lo que éramos, lo que sucedió y lo que somos actualmente'".

En cualquier reunión del *Moral Support* pueden evidenciarse todos los elementos de la narrativa paradigmática de Alcohólicos Anónimos. Desde mi llegada al grupo, los hombres ofrecieron abundantes testimonios de su comportamiento pasado, del descubrimiento de A.A. y de la subsecuente recuperación. Con mucha insistencia y fervor, los participantes expresaban su gratitud a la organización y a sus *compañeros* por haberles apoyado a la hora de superar el alcoholismo. Retrospectivamente, caí en la cuenta de que las historias personales paradigmáticas eran referidas probablemente en mi provecho. Tiempo después observé que esas mismas historias preconcebidas emergían cada vez que un nuevo miembro comparecía en una reunión. Los hombres del *Moral Support* se responsabilizan así de *llevar el mensaje*. Creen, después de todo, que la mejor forma de proselitismo pasa por la comunicación efectiva de su propia odisea, la que les llevó desde el alcoholismo activo hasta la recuperación definitiva.

Entre los hombres del nordeste de los Estados Unidos, O'Reilly (*ibid*:121) halló que "la mayoría de las historias de A.A. se concentran en la descripción de 'lo que fuimos'", esto es, en el primer segmento de la historia personal paradigmática. Los hombres del *Moral Support*, por el contrario, parecen conferir mayor énfasis a las circunstancias presentes que a las pasadas. Las historias mejicanas, como dije antes, exigen ser reconstruidas, atar cabos para formar una narración coherente. Por regla general, los narradores no cuentan su relato en orden cronológico. Dentro de estas historias personales se encastran comparaciones del tipo *antes-y-después*, a partir de las cuales el investigador puede construir una narrativa. En las historias, el período

previo a la afiliación a Alcohólicos Anónimos representa oscuridad, aflicción y sufrimiento; pese a que el período siguiente pueda no ser perfecto del todo, al menos prefigura razones para el optimismo. La primera parte de la historia refleja una visión del averno, con descripciones impresionistas de una vida fuera de control. Aunque las circunstancias presentes no parezcan estar a la altura de las más elevadas expectativas, el contraste con el pasado es suficientemente elocuente como para realzar el valor de la adhesión a Alcohólicos Anónimos.

Las historias personales abarcan distintos temas, incluidas las relaciones de pareja, la conducta y el estado de ánimo. Antes que cualquier otra cosa, los hombres ridiculizan su facha durante el período en que fueron alcohólicos activos; sus desordenadas vidas de bebedores se reflejaban en su aspecto horripilante. En las reuniones del *Moral Support*, como insinué antes, el orador inaugural a menudo imprime el tono para el resto de la sesión. Si introduce un tema de manera eficaz, los oradores siguientes lo retoman y elaboran. En una típica reunión, en 1997, Néstor abrió la sesión describiendo su estado de disipación física antes de unirse a A.A. Esta descripción de su propio estado le condujo al tema del *compañero* Renaldo, sentado aquella tarde en la sala. Renaldo, durante sus estupores etílicos, llevaba una melena excesivamente larga y desgredada; el pelo se llenó de piojos, decía Néstor. Del mismo modo que Néstor, que había tocado el tema, los siguientes cinco oradores también se entregaron a historias de cabelleras aborascadas y piojosas. "¡Se me ponían los pelos de punta!", ésta es la declaración predilecta para referirse al anterior estado de decrepitud. Refiriendo este tipo de historias personales, los hombres comunican un estado compartido de declive físico durante sus años de alcoholismo activo.

La suciedad, de hecho, aparece como un *leitmotif* en las historias personales del *Moral Support*. Emilio rememora sus tiempos mozos, cuando se emborrachaba siendo apenas un veinteañero y se descubría "despatarrado en los bancos, en las calles, a las dos o tres de la madrugada". En aquella época podía empezar el día a las ocho de la mañana o así, bebiendo ya alcohol. "Era un perfecto *mugroso*", declara. "Cuando... puse en marcha mi propio negocio, traté de ser otra persona, de comprarme la ropa más apropiada para cambiar de imagen, todo aseado y con mis relucientes zapatos blancos. Pero entonces, cuando me poseía el alcohol..." La voz de Emilio se quebraba en este punto, como si la conclusión de su frase fuese obvia.

La mugre también aparece tematizada en la historia de Renaldo sobre su boda. Vuelve la vista casi cuatro décadas hacia atrás, cuando contaba veintiséis años y se fugó con una muchacha de trece años. "Me la robé" –afirma, empleando el término acostumbrado para referirse al *rapto de la novia* en la región central de México<sup>3</sup>. Tres años después, se casaron por lo civil y por lo religioso en sendas ceremonias.

---

<sup>3</sup> Prevalen fundamentalmente dos formas de matrimonio entre las clases trabajadoras de las áreas rurales del centro de Méjico (el Bajío incluido, región geográfico-cultural del norte de Ciudad de

Dice Renaldo: "Aunque todo era... bueno, un poco extraño. Porque cuando nos casamos, estaba como estoy ahora [léase, durante la sesión de entrevista], todo *encalado*, cubierto de cal". Renaldo había estado realizando una pequeña obra de blanqueado justo antes de que llegase para realizar la entrevista. En aquella otra ocasión, según me contaba, "encalado" en más de un sentido, había ido directamente a la ceremonia nupcial desde su trabajo. Su novia estaba en un estado de gravidez ya avanzado y era incapaz, como él dijo, hasta de arrodillarse durante la Misa nupcial, como se hace normalmente. "Y yo estaba todo lleno de cal, estaba *encalado*", repite Renaldo. "Y así fue como entré en la iglesia. ¿Por qué tuvieron que hacerme fotografías? ¿Para que me vieran así? ¡Caray!".

Eduardo vuelve sobre el mismo tema. La primera vez que llegó a Alcohólicos Anónimos, dice, "estaba prácticamente al borde de la extenuación; estaba mugriento, desaliñado. Me había dejado crecer la barba, no me bañaba, bueno, estaba durmiendo en la calle. A la una o a las dos de la madrugada salía a buscar gaseosa, un poco de agua para rebajar el alcohol que estaba bebiendo. Quiero decir, mi alcoholismo, para mí era lo peor... no le deseo a nadie que caiga en lo que yo caí". Cuando Renaldo empezó a beber ya no pudo conservar el trabajo, así que su mujer tuvo que salir a trabajar. "Bueno, cuando ella tuvo que salir a trabajar parecía el hombre, ¿entiendes?", comenta Renaldo. "Yo me quedaba en casa, emborrachándome, y... um, ella me dejaba dinero para prepararle la comida a los niños y a veces me lo gastaba. Y, bueno, a partir de entonces no hubo nadie que los bañara, bueno, los niños estaban en un estado lamentable".

Las palabras más usadas por los hombres para describir su anterior estado físico son *meado*, *cagado*, *mugroso*. Cualquiera que conozca a los mejicanos podrá dar testimonio de cuánto se enorgullecen de mantener un extremo aseo personal. El cuerpo alcohólico, tal y como se describe en las historias personales en A.A., se aparta ostensiblemente de este modelo general. De hecho, las prescripciones higiénicas son tan valoradas en México que los hombres se sienten incómodos cuando llegan a las reuniones en un estado algo desaliñado. De ahí que Arturo, mientras clausuraba una sesión con su historia personal, se disculpase ante el grupo por el aspecto desastroso de su vestimenta. Se excusó alegando que había venido directamente desde el trabajo a la *junta* y que no había tenido tiempo de arreglarse. Como dijo Mary Douglas (1973:93-112), el orden social imprime coacciones en el cuerpo físico. Excepto cuando no pueda evitarse, como en las situaciones laborales, estar despeinado en

---

México, de la cual proceden varios miembros del Moral Support). La primera forma, y la más prestigiosa, es la que se conoce como *pedido*, o sea, la petición formal de la mano de una mujer joven por parte de la familia del futuro novio. La otra, y la más común en muchas aldeas y pueblos de la zona rural mexicana es el robo. El robo es una fuga, por razones culturales, que se expresa en el lenguaje de una abducción forzada, pero que, sin embargo, de hecho, se perpetra bajo el pleno conocimiento, el permiso y la planificación de la novia. Muy rara vez, no obstante, el robo supone una verdadera violación. Sobre el robo, véase Brandes 1968 y Díaz 1967.

México es indicativo de desfachatez; demuestra una desconsideración imperdonable para con la opinión pública. De ahí que Arturo, por tanto, se sintiese obligado a disculparse por subir al estrado de esa guisa indecorosa. Para los alcohólicos en recuperación, un cuerpo limpio normalmente refleja un catre limpio y seco.

En las historias del *Moral Support*, la embriaguez significa más que un mero desaliño físico; también conlleva el caos en el comportamiento. Emilio habla sobre la primera vez que se emborrachó, con quince o dieciséis años, cuando trabajaba en una carnicería en Ciudad de México. Vivía en casa del carnicero; un día el carnicero sacrificó un cerdo para hacer *carnitas*. Para celebrarlo, la familia compró una botella de tequila.

Cuando mataron al marrano, pues, hicieron *carnitas*, hicieron muchas cosas ahí por medio del marrano. Compraron una botella de tequila y entonces, pues, ahí fue mi primera borrachera en mi vida. Desde luego, no fue tanto lo que yo haya tomado [que a lo que] fuera poco o mucho. Pero yo con eso tuve como para haberme sentido mareado y la señora decía "no, no le den a él. Está muy chico, está muy chico, no, no, no es para que le den"; y [a] uno de sus hijos decía, "no, [le des]dice es nada más como pa' que no le vaya a dar aire o así tipo como vómito". Eso se le nombra aire<sup>4</sup> pero... y entonces yo me sentí, me sentí borracho. Me dijeron: "vete [a] acostar[te] a tu cuarto". Había un cuarto arriba, hasta [al de]arriba se le llamaba cuarto de servicio. Ahí me quedaba yo, pero... pos, lógico, actué como, como si yo hubiera sido, pos, como si estuviera en mi casa con esa confianza de hacerme el chistoso que andaba borracho. Pero lo que se me había dicho en la otra casa, que yo estaba en una casa desconocida, mas no era mi casa, entonces, a mí eso se me había quedado en la mente. Y cuando yo me emborraché en esa segunda casa, pos, este... lógico, pos, me hice el chistoso. Mira el borrachito, y para seguir todavía haciendo más [y] más chistosadas, me bajé de allá del cuarto con los pantalones, este, al revés, como quien dice, en lugar de poner el pantalón derecho así como está ahorita, sino que los pantalones.. yo le hice adrede, voltearme los pantalones para ponérmelos; esto pa' bajo y lo de abajo p'arriba, eso es, al revés yo me puse... Yo me hice el chistoso de bajarme allá arriba con los pantalones al revés y andar en el patio haciéndome el chistoso, andar de un lado a otro queriéndome caer.... Ese fue mi primer, mi primera borrachera.

<sup>4</sup> Vomitar es síntoma de *aire*, una enfermedad tradicional de los indígenas mexicanos. El mal, algunas veces, se pronuncia "*aigre*" entre la gente nativa. Puede encontrarse una referencia extensa al *aire* en Kearney (1972), aunque también otras muchas publicaciones lo mencionan (v.g. Clark 1959: 173-174; Foster 1988: 188; Ingham 1986: 162-164, 177-78, 191; Ortiz de Montellano 1990: 67, 225; Parsons 1936: 214-215)

En este relato, el adolescente responsable que se mantiene a sí mismo a través de un trabajo honesto, acaba reducido por la bebida al rango de niño hazmerreír.

Renaldo, siendo ya adulto, cuando estaba ebrio podía actuar de manera igualmente pueril. Habla de caminar descalzo por la calle, su jersey puesto tan descuidadamente, arrebujado de tal manera que prácticamente iba desnudo de cintura para arriba. Renaldo refiere este relato en las reuniones del *Moral Support*. Los oyentes ríen; pero no lo hacen con una carcajada alegre que emanase de las entrañas, sino que más bien liberan una sonrisa ahogada y nerviosa, una señal de avergonzado reconocimiento. Todos y cada uno de ellos tienen una historia parecida que contar.

También cuentan historias sobre la manera en que su adicción afectó a sus roles familiares como hijos, maridos y padres. Simón, con voz suave y parco en la palabra, con las comisuras de sus finos labios perpetuamente fruncidas hacia abajo, recuerda entristecido su infancia. Su padre no cejaba en su empeño de ofrecerle alcohol. Llegaron a emborracharse juntos, una escena abominable e inimaginable para casi cualquier mejicano. Como en el caso de Renaldo, cuando la bebida le impidió trabajar fue su mujer la que tuvo que buscar un trabajo fuera del hogar. Renaldo, al cargo ahora de los niños, podría comprar alcohol con el dinero que ella le había dejado para la manutención de los niños, y estos quedarían hambrientos o desatendidos. Ya crecidos los niños, éstos ganándose la vida por sí mismos, Renaldo pudo robarles algunas monedas para alimentar su adicción: "En vez de traer dinero a casa, comencé a robar cosas de la casa. Sí, yo robé. Robé *varillas* [mercancías menudas]; robé radios, um... mi hijo que vive en los Estados Unidos, era técnico de radios. Le traían esas pequeñas cosas, ¿sabes? aquellas radios y televisores, para reparar, y yo se las robaba y después él tenía que pagarlas... Al final le hice quedar mal".

La irresponsabilidad económica es, en realidad, un tema principal en las reuniones del *Moral Support*. Pedro explica al grupo que, durante el período en el que más empinó el codo, ganaba montones de dinero. Sin embargo, en lugar de ahorrar e invertir, despilfarraba su sueldo de la forma más ostentosa. Habla de cómo hacía trizas billetes de mil pesos [*"cuadritos"*, repetía una y otra vez mientras contaba esta historia al grupo], que enseguida arrojaba al aire para que todos lo vieses. Desde luego que referir este episodio le permitía a Pedro, de una manera socialmente aceptable, hacer ver al grupo que era un hombre de recursos.

Además de las anormalidades en el comportamiento inducido por el consumo abusivo de alcohol, los hombres también hablan de las repercusiones en sus estados de ánimo, alterados, ocasionalmente violentos. David dice que la gente de su calle temía encontrarse con él: "Cuando me veían llegar a casa borracho se escondían, sí; es que yo estaba fuera de control. Disfrutaba insultando a la gente y... Dios cuidó de mí y sigue cuidándome porque de no haber sido por la gracia de Dios, los vecinos probablemente me hubiesen matado; por esto doy felizmente gracias a Dios. Estuvieron a punto de matarme por mi comportamiento intolerable —desde luego, sólo mientras estaba borracho—". La violencia durante los períodos de embriaguez

no era una mera posibilidad para estos hombres. Ellos hablan de episodios violentos que plagaron sus vidas de alcohólicos activos. Eduardo recuerda la frustración que le sobrevino cuando le abandonó su mujer, llevándose a su hija: "Así que yo estaba tan frustrado que me di a la bebida, al falso bálsamo... y así pasaba el tiempo, ¿entiendes? Y en mis raptos de embriaguez podía agredir a cualquiera. Me propinaron un montón de palizas. Muchas veces yo también propiné unas cuantas somantas, ¿sabes? porque nunca tenía miedo". El sufrimiento de Eduardo durante aquella etapa de su vida, antes de ingresar en A.A., no era solamente físico; a veces se expresaba en un vano deseo por liberarse del alcohol. Dice Emilio: "Yo era una persona, supongo, que no creía, un descreído porque nunca había oído hablar, ni siquiera de pasada, de A.A., o que existiesen tales grupos. Mi actitud era que yo... ummm... bueno, suponía que a mí solamente me quedaba seguir bebiendo, y ya estaba en un estado bastante deplorable. Pero siempre era el hombre que sería mañana, el hombre de mañana que nunca llegaba, el mañana en que dijese: Basta ya de alcoholismo".

Las historias personales en el *Moral Support* rara vez establecen explícitamente comparaciones del tipo *antes-y-después*, como ocurre en la historia de vida paradigmática en A.A. Las historias mejicanas, ya lo he dicho, normalmente carecen de seriación cronológica; deben, a partir de la información vertida en el curso de varias sesiones, ser reconstruidas por el oyente. De hecho, las comparaciones explícitas resultan innecesarias porque los confidentes ya están, en realidad, exponiéndose; sus palabras y sus comportamientos están abiertos al escrutinio público. Ahí en la tarima, inmiscuido en un acto interpretativo, el alcohólico en rehabilitación exhibe sus mejoras. Está aseado, compuesto, cabal; su presencia puntual en las reuniones indica un grado de responsabilidad e interés por el bienestar propio y ajeno que hubiese sido imposible durante su vida como bebedor. El contenido de su historia personal, así como el modo de presentarlo, actúan como capítulos definitivos de su personal historia en A.A. El mensaje, por lo tanto, se presenta antes a través de la puesta en escena que de la narración.

El propio acto de narración de historias personales en una reunión de A.A., demuestra implícitamente mejoras abrumadoras en la vida del narrador. A través de esta *puesta en escena* se puede observar que el cuerpo está recuperado, que el alcohólico ya no está sucio ni despeinado, que cumple con sus obligaciones para con los demás y es capaz de hablar en público con coherencia durante todo un cuarto de hora. Aún así, dadas las condiciones económicas y sociales de marginalidad en las que viven la mayoría de los hombres del *Moral Support*, hay muchos aspectos de sus vidas que en realidad no han mejorado significativamente como resultado de su adhesión a A.A.; incluso la higiene y el control de su aspecto externo permanecen durante bastante tiempo fuera de su alcance, puesto que no se lo pueden permitir, no al menos como ellos desearían.

Tomemos el caso de David, que se pasó buena parte de su historia personal lamen-

tándose de dos problemas que persistentemente tenía: vivir en una casa sin cuarto de baño (contaba con una letrina en el exterior donde podía asearse con una esponja) y sus continuos padecimientos por los dolores de muelas. La sonrisa de David, ciertamente, estaba mellada en el centro, donde apenas le restaban algunas piezas. Por razones que no pudo explicar, su dentadura hacía tiempo que era inservible. Una nueva dentadura, afirmaba, costaría así como 9000 pesos (en 1996, \$1250 dólares americanos). “¿Cuándo podré conseguir una dentadura?”, reflexiona David en voz alta, “¡No ganaría 9000 pesos ni siquiera en un año entero!”. Sin embargo, pese a estas moliendas, David conservaba su optimismo; terminó su historia con una llamada al entusiasmo, como lo haría el más pintado adalid de la ideología de Alcohólicos Anónimos. El monótono ronroneo de su voz se iba elevando hasta estallar en la última proclama, a grito pelado, “¡estos detalles [léase, baño y dentadura] sólo son cosas materiales! ¡tengo salud! ¡tengo una familia! ¡os tengo a todos vosotros! ¡esto es lo que cuenta, no las cosas materiales!”.

Las cosas materiales ocupan, no obstante, bastante tiempo en la mente de estos hombres. La preocupación general por la miseria y la privación se encontraba entre mis primeras observaciones de campo. Desde un primer momento, Eduardo lamentaba que, aunque estuviese aún sin trabajo, al menos no estaba durmiendo en la calle. Jacinto, que frisa los cuarenta, declaró que le entristecía pensar que de no haber dilapidado tanto dinero en alcohol, él y su mujer dormirían ahora en una habitación separada de las de sus hijos. De acuerdo con la orientación de A.A., Jacinto sostiene que “no es bueno volver la vista atrás con remordimientos porque lo que uno debe hacer es luchar por un futuro mejor”. En las reuniones a las que asistí, Simón se quejaba constantemente del desempleo, David del subempleo, Eduardo de no tener un sitio fijo donde vivir. En las historias personales del grupo, las dificultades económicas emergían casi tantas veces como el alcohol. Algunos de ellos buscaban emplearse; sólo ocasionalmente la búsqueda daba frutos positivos y, cuando lo hacía, el oficio que encontraban era temporal, pobremente remunerado o lleno de promesas incumplidas por parte de los patronos poco honrados.

Algunas de las inquietudes económicas que aparecen en las reuniones apelan a cuestiones que van más allá de las relativas a la mera supervivencia. En un ciclo de historias personales, Emilio se quejaba de tener que ayudar a su hijo adolescente a pagar las letras del coche. El coche de segunda mano que había comprado su hijo resultó ser robado; así que se vieron obligados a devolverlo a su auténtico propietario, pese a que ellos ya hubiesen pagado por él. A cambio, no recibieron compensación alguna. Para colmo, la familia accedió a que el muchacho se comprase un flamante Volkswagen rojo de paquete. El hijo, que trabaja conduciendo un minibús, es “un buen chico” y “no causa problemas”. Por ello, Emilio compasivo, imbuido por un sentido del amor paternal y la responsabilidad, quiso compensarle por la pérdida de aquel primer coche, ayudándole a costear un nuevo vehículo. El propio Emilio no conduce. Es limpiabotas y gana el equivalente de 40 céntimos [de dólar

americano] por servicio. Con todo, aún puede administrarse para contribuir a liquidar el crédito. Emilio estaba por entonces muy preocupado debido a una cuota inesperada que pronto vencería. La familia, sin duda, se esforzaba por cumplir con aquella obligación. Unos cuantos días después de que Emilio contase su historia sobre el coche, se acercó a mí y me pidió un préstamo. Retrospectivamente, caigo en la cuenta de que las historias eran su forma de prepararme para aquella cuestación. Aunque yo atendiese de buena gana a su petición, definitivamente las letras del coche le estaban consumiendo. El Volkswagen, que nunca se utilizaba por miedo a que sufriese algún desperfecto, desapareció misteriosamente un día de la cochera improvisada por Emilio. Finalmente, fue recobrado.

La mayoría de los hombres del *Moral Support* viven en alojamientos compartidos y dependen de sus parientes en lo que se refiere al alimento y al albergue. Ellos juzgan que esta situación es indeseable para un hombre, por muy necesaria que sea para su supervivencia. Su añoranza de la residencia independiente, del hogar propio, es otro de los temas predominantes en las historias personales. Genaro, un hombre de media edad que sólo esporádicamente acudía a las reuniones, contaba que se había criado en una casa con sus doce hermanos. Se casó siendo aún muy joven y, por motivos económicos, se vio obligado a instalarse con su esposa en la casa de sus hermanos y de su madre viuda. Parece ser que su hermano mayor, en particular, se empeñó en hacer la vida imposible a los recién casados. La vida en aquel angosto apartamento llegó a ser insoportable para la pareja; éste fue el lugar común de sus historias personales. Un día contó con alivio que él y su esposa habían encontrado una vivienda que podían permitirse pagar por sí mismos. Nunca volví a verlo en las reuniones.

Buena parte de los hombres creen que están solos y que son despreciados, incluso en la compañía de sus parientes próximos. Simón bregó abiertamente en las reuniones con el hecho de que viviese ignorado en la casa de su hijo y de su nuera. Estaba tan distanciado de la pareja que ni siquiera se hablaba con ellos. Desprovisto de trabajo o ingresos regulares, Simón temía que llegase a ser desahuciado por sus parientes y no tuviese a dónde ir; durante el período de trabajo de campo, al menos, siguió viviendo en ese triste hogar. También Damián, que se había quedado recientemente viudo, manifestaba parecida inquietud a que sus hijos (y sus respectivos consortes) lo echasen de la casa que todos compartían.

Amado, un cincuentón de voz ahogada, clausuró una tarde la reunión con una historia personal particularmente conmovedora. Amado vende sus frutas con un semblante siempre melancólico; parece resignado a un destino funesto. Confesaba al grupo haber bebido copiosamente durante treinta años, desde su infancia hasta bien entrada la adultez. "La vida ha sido triste", decía. Lo peor de todo, continuó, era que sus hijos le parecían unos ingratos. Uno de ellos le había pedido recientemente que vendiese la casa y repartiese la hacienda. Esta declaración arrancó una sonrisa compasiva entre los *compañeros*, que pudieron identificarse con el drama de Amado,

siempre desdeñado por sus codiciosos parientes. ¿Por qué me he sacrificado yo?, pregunta Amado. Ni su mujer ni sus hijos habían mostrado el más tímido reconocimiento por todo lo que él había hecho por ellos.

En *Moral Support*, pronunciar historias personales inspiradas en problemas económicos y familiares, obviamente, proporciona a los hombres cierta sensación de alivio. Afirman que se sienten reconfortados al contar sus historias a los *compañeros*, ya que comparten los mismos retos vitales y pueden, por tanto, simpatizar en la desdicha. Con todo, no es consejo lo que buscan desde la tarima. Las historias personales se usan antes como medio de aminorar ansiedades que como estrategia para solicitar ayuda. Y eso que en el propio marco de las historias personales a veces tienen lugar conversaciones ilimitadas. Un miembro introduce un tema concreto o narra un episodio de su vida al inicio de la reunión. Los oradores subsiguientes incorporan sus glosas particulares sobre el tema o el incidente, y de este modo airean públicamente sus opiniones y consejos. El resultado es un intercambio privado entre el orador original y uno o más interlocutores, desarrollado en la *arena* más o menos formal de la reunión.

Consideremos a Eduardo, que dedicó más de un *historial* a lamentarse de que, por más que lo hubiese intentado, no podía dejar de masturbarse. Se masturbaba, según nos dijo, dos veces al día, por la mañana al despertarse y por la noche justo antes de dormirse. Eduardo, que llevaba hasta entonces varios meses sin compañía femenina, tocó este asunto casualmente, como restándole importancia. De hecho, casi parecía ufanarse de su potencia libidinal. Después de su intervención, Pedro subió a la tarima y, clavando su mirada en Eduardo, le dijo: "En lugar de masturbarte, ¿podías salir y buscarte una *chava!*". Para los hombres de *Moral Support*, la compañía siempre es preferible a la soledad. Este principio general alude al sexo tanto como a cualquier otra instancia social.

También mis propias historias personales fueron objeto de comentarios desde la tribuna; y esto resultó ser aleccionador. Una tarde conté la historia de dos encuentros distintos que tuve con sendos taxistas. Generalmente suelo desplazarme en taxi por Ciudad de México. Puesto que en Ciudad de México, según dicen, los taxistas reflejan la opinión popular con cierta fiabilidad, aprovecho cualquier oportunidad para discutir con ellos cuestiones relacionadas con el uso y el abuso de alcohol. El primer encuentro me puso en contacto con un taxista muy interesado en informarse sobre mi trabajo, mi casa, mi vida familiar, mi lugar de origen, y así. Después de responder escuetamente, él ahondó en cuestiones más delicadas. "¿Toma usted?", preguntó. Respondí que sí, que bebía, pero con moderación. Le devolví la pregunta y dijo que "bebo muy, muy poco, una vez cada tres o cuatro meses, cuando me invitan a una *fiesta* o a un encuentro familiar". Esperé unos segundos. Luego añadió, "pero solía beber mucho". Entonces le pregunté si había ido alguna vez a Alcohólicos Anónimos. Respondió que había frecuentado un grupo durante un mes, pero pronto lo abandonó porque sentía que no necesitaba continuar. Por aquel

entonces, también el grupo se disolvió. "Pero hay otros grupos", repuso de buen humor; me llevaría a uno, si yo quisiese.

Después de haber referido esta historia, Pedro ocupó la tribuna. Siempre raudo para el consejo, Pedro reaccionó apasionadamente a mis comentarios. Este taxista era un embustero, sentenció enfáticamente. La verdad es que este hombre no podía dejar de beber. No mentía intencionadamente, adujo Pedro, sino que se engañaba a sí mismo. La realidad era que él no podía "entrar en la jugada". Se requiere fuerza y coraje para vincularse a un grupo y cumplir el programa, decía Pedro. Ésta es de la única manera que un alcohólico puede esperar recuperarse. "En mi caso", declaró, "he sido leal al grupo al cien por cien. Nada, ni el trabajo, ni la familia, ha interferido jamás en mi compromiso con *Moral Support*". Pedro no sólo apostilló mi historia, sino que también afirmó el valor terapéutico de Alcohólicos Anónimos. Yo era un recién llegado y, desde el punto de vista de los demás, requería instrucción y ganar confianza en el valor de A.A. También es posible que Pedro tratase de granjearse apoyos para su propuesta de incrementar la cuota. La fervorosa apelación de Pedro a la lealtad hacia el grupo se produjo justo cuando los hombres discutían qué responder a su propuesta. En este contexto, él se mostraría entusiasmado con recordarles su inquebrantable apoyo, a ellos y a su organización.

Mi historia personal de aquella tarde incluía una segunda anécdota con un taxista. Hablé al grupo acerca de un taxista que me recogió en casa para llevarme al cine una noche. Tras inquirirme sobre mis circunstancias vitales, me diagnosticó como un caso deplorable: sin mujer que me acompañe al cine, ni nadie en casa para cuidarme o a quien contarle los problemas del día. Y ¡vaya vida más aburrida la de profesor!, pontificó el taxista, reducida a preparar las clases, impartirlas y regresar a la soledad de mi hogar. Si seguía con esta vida era porque yo quería, me dijo. Podría encontrar compañía femenina fácilmente. La Universidad está plagada de mujeres disponibles, me puntualizó.

Esta vez fue Gerardo quien glosó mi historia. Esa especie de intercambio que yo había entablado con el taxista daba que pensar, dijo como parte de su historia personal. A veces la verdad duele, afirmó, y por ello la rechazamos. Pero después la verdad regresa para invadir nuestros pensamientos. "Quizá el taxista estaba en lo cierto", musitó Gerardo. "Quizá haya algo en tu vida que necesites corregir". Esta clase de confrontación es la esencia de la terapia de A.A., prosiguió. Debemos vernos a nosotros mismos a través de los ojos de los demás antes de que reconozcamos los modelos que necesitamos cambiar. Comentarios como los de Pedro y Gerardo, vertidos en el contexto de la reunión, constituyen consejos personales no solicitados, emitidos con la intención de que sean edificantes para el grupo como un todo. En cualquier reunión las historias personales son proclives a exhibir elementos coloquiales de este tipo. Las opiniones de los oradores están dirigidas a individuos particulares, aunque se expresen como ajustadas a todos los presentes.

Ciertamente, el hecho de ofrecer el consejo tan abierta y confidencialmente, puede no ayudar, pero sí causar impacto en todos los oyentes de la sala.

Los grupos de Alcohólicos Anónimos están, en teoría, abiertos a cualquiera. En la práctica, no obstante, también despliegan la segregación táctica por clase que prevalece en toda la sociedad urbana de México. Según los dos indicadores principales, adscripción de clase y género, los hombres de *Moral Support* se encuentran en circunstancias objetivamente similares. Por esta razón tal vez, es por la que defienden con tanta vehemencia la *autonomía* de su grupo. Esta igualdad entre los hombres sólo puede alcanzarse y sostenerse observando los principios específicos de organización y actuación que guían las reuniones de *Moral Support*. Sobre todo, los hombres creen que su procedimiento para la concesión de turnos de intervención garantiza que todos reciban un trato correcto e igualitario. Los hombres se comparan a este respecto con otros grupos que han conocido, en los cuales las reuniones están monopolizadas por unos pocos muy impetuosos, mientras una tímida mayoría permanece al fondo en reverencial silencio.

La igualdad de los hombres se invoca formalmente al inicio de cada sesión, cuando el moderador recuerda al grupo el principio fundamental de afiliación: "El único requisito para ser miembro de A.A. es tener el deseo de dejar de beber". Pedro me informó de otro: "¿Cuál es el salvoconducto que necesité para entrar en A.A.? Bueno, todo el sufrimiento que me causó el alcoholismo, ese fue el salvoconducto para entrar en A.A., en un grupo de A.A.". El criterio para afiliarse a A.A. no apunta a nada relacionado con el género, la etnicidad, la religión o el nivel socio-económico. Más bien, todos los socios de A.A. son iguales en virtud de su condición de alcohólicos. Con todo, es evidente que existen diferencias entre los hombres del *Moral Support*, así como entre estos hombres y otros segmentos de la sociedad mejicana. La forja de la igualdad y la afirmación de las similitudes que los unen, son los temas más importantes que emergen en las historias personales.

Durante mi primera reunión en el *Moral Support*, uno de los oradores declaró abiertamente: "Aquí no existen diferencias entre las personas; en A.A. hay blancos, negros y morenos". Eché un vistazo a mi alrededor. Todo el mundo era moreno excepto yo, un *gringo*. El comentario estaba evidentemente destinado a asegurarme que era bienvenido. En esa misma reunión, Emilio, que hacía aquella tarde de moderador, consignó una última reseña en la que decía que, incluso aunque no fuese más que un "humilde limpiabotas", se atrevía a llamarme "*compañero*". Este término era, a mi parecer, un poquito prematuro; acababa de irrumpir en escena. Así y todo, al llamarme *compañero*, Emilio me ubicaba simbólicamente al mismo nivel social que los demás asistentes. También fue su forma de extenderme la bienvenida e incorporarme, si quiera tentativamente, al grupo. Creo, además, que la intención última de Emilio fue sugerir, tanto a los miembros del grupo como a mí mismo, que no era una idea descabellada que pudiese adherirme a *Moral Support*, pese a las obvias diferencias que mediaban entre los demás y yo.

En las reuniones de *Moral Support*, los hombres expresan la igualdad tanto por lo que dicen como por lo que no dicen. En *The Least Common Denominator* [El mínimo común denominador], el clarificador artículo de Colson (1997) sobre las fiestas de cumpleaños en el San Francisco Senior Citizen Center, el autor pone de relieve la presión ejercida sobre los participantes para que ignoren rasgos de personalidad y estatus que pudieran dividir al grupo. La fiesta, un ritual secular en honor de todos los miembros del Center que celebran su cumpleaños el mismo mes, está diseñado para fomentar las afinidades entre los ancianos que participan. La mención pública de cualquier cosa que pudiese obrar separándolos, como una edad, estatus socioeconómico y etnicidad determinados, se suprimen en las fiestas mensuales. Por la misma razón, en las reuniones de *Moral Support* los hombres pronuncian historias personales que ignoran multitud de circunstancias potencialmente divisorias. Aunque los hombres cuentan con distintas edades, las historias personales no mencionan edades cronológicas. En su lugar, los hombres celebran abiertamente el número de años que han permanecido sobrios, algo que potencialmente sitúa a todos en pie de igualdad. Por otra parte, los hombres también proceden de orígenes étnicos diferentes. Entre los miembros del grupo figuran un mazahua del Estado de México, un nahua del Estado de San Luis de Potosí, un totonaca del Estado de Veracruz, un mixteca del Estado de Oaxaca, varios zapotecas de Oaxaca, un hijo de inmigrantes italianos y *mestizos* de diversos estados del centro de México. A pesar de que todos los hombres hablan español con fluidez, para muchos de ellos fue la indígena su lengua materna. Con todo, ninguna de las historias personales que recogí mencionó en ningún momento la afiliación étnica, una categoría social potencialmente divisiva en México.

En las pocas ocasiones en que la etnicidad fue mencionada en los historiales, el asunto pareció ponerse al servicio de un ideal ecuménico. De ahí que, Horacio, un recién llegado a Ciudad de México, hablase de un grupo al que había asistido en Costa Chica, una parte de la costa del Estado de Guerrero que mira al océano Pacífico, en donde "había dos judíos y un budista". Nadie entre los oyentes pareció sorprenderse o impresionarse. Gerardo, probablemente el único de todo el grupo en una situación económica solvente, de vez en cuando habla de su mercería y de su variopinta clientela, "judíos y argentinos incluidos". De nuevo, nadie en la sala pareció sentirse aludido. De la misma manera que se ignoran en las historias personales las diferencias étnicas entre los miembros del grupo, también se silencian en las reuniones sus diferencias con otras religiones y comunidades nacionales. Hay al menos un protestante entre los habituales del *Moral Support*, pero la mayoría de los hombres no son conscientes de ello; y tampoco parece importarles mucho.

Otra de las formas empleadas para consolidar afinidades consiste en referirse y dirigirse a otro con el término *compañero*. El moderador siempre llama a los hombres a la tribuna anteponiendo esta designación, como en "Compañero Damián, ¿serías tan amable de subir a la tribuna?". Cuando el orador concluye un historial, el

moderador es posible que le diga, "Gracias, compañero Emilio, por tus animosas palabras". En las mismas historias personales, cualquier referencia del orador a otro miembro del grupo incluye el tratamiento de *compañero*. El moderador puede llamar a la tribuna a alguien que por primera vez asiste a una reunión, en cuyo caso invariablemente pregunta "¿Eres un invitado o un compañero?". La respuesta "compañero" —generalmente indicando afiliación a Alcohólicos Anónimos, más que al grupo específico de *Moral Support*— inmediatamente lo sitúa en pie de igualdad con los restantes hombres: es asimilable, un asimilado y de ahí que, en gran medida, previsible.

Otro mecanismo de nivelación es la repetición. Cada vez que un miembro sube a la tarima, se presenta diciendo, "Soy Fulano de Tal y soy un enfermo alcohólico". Esta simple, pero valiente declaración, siempre pronunciada por los participantes, simbólicamente afirma la igualdad entre todos los miembros. Se deja caer sin el mínimo sentimiento de timidez o rubor. Los hombres del *Moral Support* han hecho suya la creencia general en Alcohólicos Anónimos, a saber, que si se ha sido alcohólico una vez, se es ya para siempre. Los hombres se piensan a sí mismos como alcohólicos vitalicios, incapaces de curación completa. La única diferencia entre ellos y quienes beben, dicen, es que, como miembros de A.A., ellos son *alcohólicos en recuperación*, mientras que quienes beben descontroladamente son *alcohólicos activos*. Cuando se unen a A.A., pasan de un estatus a otro. Todos los hombres de *Moral Support* comparten esta circunstancia, un rasgo definitorio del compañerismo reinante en Alcohólicos Anónimos.

Una tarde, apareció en la reunión un visitante desconocido. Cuando le llamaron a la tribuna, en lugar de presentarse como "un enfermo alcohólico", lo hizo diciendo que era "un alcohólico social". El hombre, que parecía frisar la mitad de la treintena, estaba claramente preocupado por su afición a la bebida y necesitado de confidentes receptivos. Explicó que no bebía hasta el punto de "perder la razón", pero que cada vez que bebía, aparecía sangre desleída en su orina; tan pronto como cesaba de beber, volvía a la normalidad. Aún no se lo había consultado al médico, confesó, debido a lo que él llamó "la típica manía mejicana de ir al médico cuando ya es demasiado tarde para curarse". Pero tenía la intención de visitar a uno pronto. Este hombre no era un compañero. Según los criterios de A.A., no podía considerarse un alcohólico, puesto que no era la pérdida de control con la bebida lo que le hacía padecer, sino un síntoma físico específico, sangre en la orina. Al final de la reunión, el "nuevo" debió reconocer la diferencia que le separaba del resto, porque nunca regresó.

Los hombres de *Moral Support* creen profundamente el *dictum* de Alcohólicos Anónimos, por el cual sufren de una enfermedad que les impide controlar su ingesta de alcohol. David, alguna que otra vez, volvió sobre este tema. Al principio pensaba que su alcoholismo era hereditario, que tenía un origen biológico, porque tanto su padre como su abuelo habían sido alcohólicos. Luego pensó que había sido víc-

tima de la brujería. Por último, dio con la verdad: el alcoholismo es "una enfermedad" y sólo con la ayuda de Dios y de sus compañeros de A.A. era de esperar que dejase de beber. "Dicen que los perros no abren sus ojos hasta dos semanas después del nacimiento", evocó, "y yo no los abrí hasta que cumplí los treinta y seis". Ésa era la edad que tenía cuando descubrió A.A.

No es que David no creyese en la brujería, porque sí creía. Nos contó que la mujer de la que se había separado, con quien había convivido durante tantos años, intentó envenenarlo con una sustancia proporcionada por una bruja, que previamente había consultado. Emilio, que también cree en brujas, apuntó en uno de sus historiales que su madre había tratado de curarle el alcoholismo llevándole a una *curandera*. Ésta diagnosticó que el problema era producto de la brujería; la bruja fue identificada como alguna persona envidiosa de Emilio que procuraba minarle manteniéndolo borracho. Mientras relataba este episodio, Emilio menospreció la idea de que su alcoholismo derivase de la brujería. Confirmó que su problema era "una enfermedad" de la que jamás lograría librarse, ni con la oración, ni con la medicina, ni con cualquier otro falso remedio. Ésta es la circunstancia básica que todos los hombres de *Moral Support* comparten y con la que se otorgan a sí mismos un sentido de la igualdad.

Apelaciones recurrentes a la igualdad fomentan identidades cohesionadas. Los nuevos miembros continúan asistiendo a las reuniones sólo si son capaces de salvar los sentimientos iniciales de alienación y separación. Para David, el único miembro de *Moral Support* criado en el Protestantismo, en la lucha se combinan dudas espirituales pasajeras con sentimientos de envidia:

La verdad le digo que, desde un principio, me inculcaron la religión evangélica y yo le platicaba de que yo no creía en Dios. Cuando yo llegué a A.A., definitivamente a mí me daba coraje, por ejemplo, algún compañero que subía a la tribuna y exponía su historial. No, exponía su historial y decía: "no, pues, gracias a Dios tengo trabajo, gracias a Dios estoy bien". En ese tiempo que llevaba, que acababa yo de militar, de ingresar a Doble A, yo estaba bien amolado económicamente, bien hundido de deudas, espiritualmente no se diga, mentalmente bien, bien deshecho. Me daba mucho coraje que decían: "yo estoy bien gracias a Dios, yo tengo trabajo, yo gano bien", y yo bien amolado. Pero no me daba cuenta por qué era la razón de mi alcoholismo, estaba yo en esa situación por causa de mi alcoholismo no era por otra razón porque...si no hubiera bebido yo tanto, tuviera yo un palacio, pero como fui un ser humano tonto, fui una persona tonta que no supe vivir, entonces tuve que atenerme a las consecuencias.

David comenzó a recuperarse de su alcoholismo aceptando a Dios y superando sus sentimientos de envidia. "Todavía no he podido recuperarme económicamente", dijo

para terminar, "pero... eso no me preocupa porque es material. Como yo digo, para mí, las cosas materiales ya no me quitan el sueño. Quiero hacer cosas espirituales, quiero sentirme bien conmigo mismo, satisfecho internamente, no preocupado por problemas, y todo eso".

Para Eusebio, las reuniones son especialmente conmovedoras cuando los compañeros rememoran sus propias experiencias y sentimientos. Con la historia de Rogelio se emocionó particularmente:

Como es el grupo de nosotros de Doble A no es para ir uno a dormirse. Es para estar al tiro de... pues... con la mente despejada, para escuchar lo que están diciendo los compañeros [en] los historiales. Y yo en realidad, pues, yo, éste, como en mi vida... el compañero Rogelio también batalló, sufrió mucho. Yo entiendo más o menos. Comparaba mi historial con el de él porque también él vivía en la calle... él siempre estaba... andábamos juntos en la calle. Yo también en la puncata no traía cigarros, tenía que juntar las colillas de los cigarros para fumármelas. Entonces, todo eso a mí me hace recordar cada vez que sube él y habla de su historial y realmente así es la base de que se va uno curando.

Eusebio ratifica la creencia de que no es solamente contar la propia historia personal, sino también escuchar con atención las de los demás, lo que resulta beneficioso para la recuperación de uno.

La empatía y la identificación con las experiencias y los sufrimientos de los compañeros, permiten a los hombres superar los inevitables sentimientos de aislamiento que acompañan al problema del alcoholismo. Prestando atención a las historias personales, los hombres empiezan a sentir algo mayor que ellos mismos. Esta trascendencia confiere sentido a sus vidas y les motiva para regresar repetidamente a las reuniones. El tema de la igualdad, entreverado en las historias personales, demuestra a los hombres que no están solos. Les permite apreciar aspectos de sí mismos en los demás y, a la vez, percibir la opinión que los otros tienen de ellos. La franqueza respecto al pasado y el compañerismo en el presente son cualidades que quizá les ayuden a mantenerse serenos. Por lo menos, los hombres así lo creen.

## 2. Referencias bibliográficas

BRANDES, Stanley

1968 "Tzintzuntzan Wedding: A Study in Cultural Complexity", en *Papers of the Kroeber Anthropological Society* n° 39:30-53

- CAIN, Carole  
1991 "Personal Stories: Identity Acquisition and Self-Understanding in Alcoholics Anonymous", *Ethos* 19 (2):210-253.
- CLARK, Margaret  
1959 *Health in the Mexican-American Culture*, Berkeley, University of California Press.
- COLSON, Elizabeth  
1977 "The Least Common Denominator", en *Secular Ritual* (Sally F. Moore and Barbara G. Myerhoff, eds.), pp. 189-198, Assen/Amsterdam, Van Gorcum.
- DIAZ, May N.  
1967 "Opposition and Alliance in a Mexican Town", en *Peasant Societies: A Reader* (Jack M. Potter, May N. Diaz, and George M. Foster, eds.), pp. 168-174, Boston: Little, Brown.
- DOUGLAS, Mary  
1973 *Natural Symbols: Explorations in Cosmology*, New York, Vintage.
- FOSTER, George M.  
1988 *Tzintzuntzan: Mexican Peasants in a Changing World*, Prospect Heights, IL: Waveland.
- INGHAM, John M.  
1986 *Mary, Michael, and Lucifer: Folk Catholicism in Central Mexico*, Austin, University of Texas Press.
- MATTIASSON, John  
1987 "A Higher Power of their own Understanind: Recovery in Alcoholics Anonymous as a Shamantistic Journey." [Manuscrito inédito]
- O'REILLY, Edmund B.  
1997 *Sobering Tales: Narratives of Alcoholism and Recovery*, Amherst, University of Massachusetts Press.
- ORTIZ DE MONTELLANO, Bernard R.  
1990 *Aztec Medicine, Health, and Nutrition*, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.
- PAROSNS, Elsie Clews  
1936 *Mitla: Town of the Souls*, Chicago, University of Chicago Press.
- TRICE, Harrison M., and STAUDENMEIER, William J. Jr.  
1989 "A Sociocultural History of Alcoholics Anonymous" en *Recent Developments in Alcoholism*, Vol. 7 (Marc Galanter, ed.), pp. 11-35, New York, Plenum.

TUCHFELD, Barry S.

- 1981 "Spontaneous Remission in Alcoholics: Empirical Observations and Theoretical Implications." *Journal of Studies on Alcohol* 42 (7): 626-641. W.W. [Bill W.]
- 1945 "The Fellowship of Alcoholics Anonymous", *Alcohol, Science and Society, a special issue of the Quarterly Journal of Studies on Alcohol*, pp. 461-473. New Haven, Yale University Press.
- 1949 "The Society of Alcoholics Anonymous", *American Journal of Psychiatry* 106: 370-376.